

Del keynesianismo militar al militarismo global-neoliberal

James M. Cypher

El nuevo militarismo

A mediados del verano de 2006 una encuesta de Harris Opinion reveló que alrededor del 50% de la población de los Estados Unidos creía que las fuerzas estadounidenses habían encontrado armas de destrucción masiva (ADM) en Irak, mientras que casi dos terceras partes de las personas encuestadas creían que el régimen iraquí había estado colaborando con las fuerzas de Al Qaeda antes de la invasión ordenada por Washington en la primavera de 2003. Todo lo cual, evidentemente, discrepaba por completo de los hechos entonces ya conocidos y reconocidos a regañadientes por los responsables de elaborar las políticas estadounidenses. Al mismo tiempo, una gran mayoría de la población consideraba que la invasión había sido un error y se mostraba partidaria de retiradas significativas de tropas en un futuro próximo.

Los psicólogos tal vez interpretarían estos resultados discordantes como indicios de disonancia cognitiva masiva. Lo son, pero también indican mucho más. La población de los Estados Unidos en general ha mante-

• Artículo publicado en *MR*, vol. 59, nº 2, junio de 2007, pp. 37-55. Traducción de Mireia Bofill. James M. Cypher es profesor-investigador en el programa de doctorado en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas, en México. Es coautor, con James L. Dietz, de *The Process of Economic Development*, Routledge, 2004, y autor de numerosos trabajos sobre el papel del gasto militar en la economía estadounidense desde 1971.

nido una larguísima y profunda asociación, en gran parte positiva, con los asuntos militares. Esta relación peculiar responde en gran parte a las experiencias vividas durante la Segunda Guerra Mundial. En efecto, aunque los Estados Unidos sufrieron pérdidas significativas en cuanto a número de muertos y heridos entre sus fuerzas de combate, la economía se expandió durante la guerra, la Depresión se desvaneció y la lucha se libraba «allá lejos». Además, a principios de los años 1940, las fuerzas armadas estadounidenses promulgaron una nueva doctrina de «defensa anticipatoria», con lo cual querían decir que después de la Segunda Guerra Mundial Washington exhibiría buena parte de su potencia ofensiva por todo el planeta, sin dedicar, en esencia, prácticamente ningún gasto a la defensa de su propio territorio. La destrucción de la guerra afectó principalmente a los centenares de millones de habitantes de otros países afectados por las guerras e intervenciones imperiales en sus territorios nacionales. Esta relación positiva entre la recuperación económica y fuertes dosis de gasto militar (cuando no bélico), privativa de los Estados Unidos, se ha mantenido hasta el presente.

Entre 1945 y 1989, Washington emprendió seis acciones militares de gran escala. Durante el periodo 1989-2003, los Estados Unidos desarrollaron nueve acciones de ese tipo. Con el inicio de la guerra del Golfo Pérsico de 1991, se introdujo un nuevo factor en la relación: con el armamento de alta tecnología, «dirigido con precisión», el combate se volvería anti-séptico. La guerra se convertiría en su antítesis, gracias al ingenio estadounidense. En la misma época, también comenzó a utilizarse un lenguaje infantil y distanciado. Había «buenos chicos» y «chicos malos». La guerra de alta tecnología eliminaría a los chicos malos, no a civiles inocentes cuyas muertes se habían catalogado hasta entonces como daños colaterales. A medida que aumentaba el ritmo de las intervenciones, también iba creciendo la fascinación de buena parte de la población estadounidense por la tecnoguerra y todo lo militar.

La presentación de la guerra como un espectáculo de entretenimiento durante la Guerra del Golfo de 1991 tenía como finalidad acabar con el síndrome de Vietnam, que los conservadores consideraban como una patología que se manifestaba en la creciente reticencia de la población de los Estados Unidos a apoyar las intervenciones en el Tercer Mundo. Se consiguió el resultado esperado. Encontramos resonancias del mismo tema en la guerra de Kosovo de finales de la década de 1990, cuando los Estados Unidos y la OTAN castigaron a la antigua Yugoslavia desde el aire, sin sufrir ninguna baja.

La fórmula post-Vietnam era simple: entrar y salir deprisa. La población está dispuesta a apoyar el aventurismo militar, pero no a tolerar que la guerra tenga altos costes humanos en los Estados Unidos. Los muertos

y los heridos destruyen la falsa ilusión de la tecnoguerra antiséptica, de alta tecnología, dirigida con precisión. Los datos de la encuesta antes citados encajan, por lo tanto, perfectamente con lo que desde un punto de vista lógico parece una contradicción: una gran parte de la población de los Estados Unidos se siente motivada a apoyar a los militares y el aventurismo militar en abstracto y quiere creer que —como les repiten continuamente— los Estados Unidos solo participan en guerras justas y en niveles justificables de desarrollo militar, y que su ejercicio de la fuerza es abrumador y justiciero. Y a la inversa, cuando la opinión pública se enfrenta con la inevitable realidad de esas políticas, su entusiasmo por esas acciones beligerantes se desvanece.

Hegemonía integral versus hegemonía mínima

Existe un término bien conocido y poco utilizado para designar a una sociedad que siente predilección por la deferencia hacia todo lo militar: militarismo. En los Estados Unidos, el militarismo es —y lo ha sido desde 1945— una percepción social hegemónica, el prisma a través del cual se interpretan los acontecimientos políticos mundiales y la política exterior estadounidense. Configurar esos acontecimientos políticos y responder a ellos es función de la alta estrategia, que se ocupa de la aplicación estratégica de la fuerza militar o de la amenaza del uso de la fuerza para conseguir un fin. La élite del poder define dichos fines y los «intelectuales de la defensa» (que a menudo actúan desde fundaciones y centros de investigación claves) y los gestores del Estado los exponen. Una vez formulada una política, se difunde entre la población de base a través de los Documentos de Seguridad Nacional del Pentágono, los discursos presidenciales y las declaraciones del Departamento de Estado.

Joseph V. Femia describe la hegemonía como un estado en el que «predomina la propia concepción de la realidad y que imbuje de su espíritu todos los modos de pensamiento y de conducta». Como señala James Martin, «una hegemonía lograda intenta llegar a ser indiscutible». ¹ Como otros vocablos tabú, el término *militarismo* a menudo se rechaza como inaplicable porque su *forma* ha evolucionado mientras que la terminología parece haber quedado anclada en un contexto histórico. No se requiere una casta militar o un sistema político de estilo prusiano, repleto de generales jactanciosos, cubiertos de medallas, para afirmar que el militarismo es la concepción dominante de la realidad que informa todos los modos de pensamiento y de conducta en relación con las acciones de fuerza del Estado. Un *esta-*

blishment militar dirigido por civiles consiguió un cierto grado de autonomía como resultado de la Segunda Guerra Mundial y en el periodo posterior a la misma, sobre todo debido al desarrollo de la guerra fría.

No obstante, la hegemonía del militarismo sobre la organización del Estado y la dirección de la política exterior de los Estados Unidos es frágil. No es lo que los seguidores del concepto de Antonio Gramsci designarían como una «hegemonía integral» basada en un grado muy amplio de consentimiento. Este se ha tenido que construir y reconstruir. La construcción de la guerra fría —una batalla entre el bien y el mal según la visión maniquea del presidente Reagan— fue prácticamente indiscutible hasta que intensas protestas y análisis profundos consiguieron romper las barreras hegemónicas que habían circunscrito su análisis crítico durante la época de la guerra de Vietnam. A finales de la década de 1940, cuando el leviatán estadounidense comenzó a establecer su cadena de bases militares alrededor del planeta (que a final de los años 1960 sumaban un total de más de tres mil instalaciones entre grandes y pequeñas), comenzaron a escucharse, desde 1949, serias voces disconformes, especialmente desde la *Monthly Review* y la *Monthly Review Press*, donde Paul Baran e I. F. Stone refutaban sin temor las distorsiones del discurso convencional.²

Lo cual tuvo, no obstante, un efecto limitado en aquel momento. Evidentemente, los análisis del militarismo estadounidense de la *Monthly Review* llegarían a ser fundamentales más adelante, a finales de los años 1960 —en particular los trabajos de Harry Magdoff— y proporcionarían un punto de partida teórico.³ El militarismo de la guerra fría se vino abajo como consecuencia de la guerra de Vietnam, para dar paso a lo que los conservadores denominaron el síndrome de Vietnam. Nadie lo comprendió mejor que los militares profesionales.

Volver a situar al militarismo estadounidense en un plano de hegemonía ideológica integral, indiscutible, fue un objetivo largo tiempo perseguido, que pareció estar al alcance de la mano tras el 11 de septiembre. La conmoción y el espanto desencadenados en Irak en 2003 iban a devolver al militarismo estadounidense la condición de constructo ideológico primordial. Al amparo de esta construcción, el poder estadounidense podría desplegarse sin trabas, mientras la única superpotencia mundial demostraba que ninguna forma de desafío nacionalista quedaría sin castigo. Según los arquitectos del nuevo modelo —Paul Wolfowitz, Richard Pearle, Douglas Feith, Dick Cheney y Donald Rumsfeld (entre otros)—, se estaba consolidando una nueva era de militarismo neoliberal.

De vez en cuando se escuchaban algunas voces críticas o cautelosas, sobre todo en el Pentágono, pero también en la CIA y otros servicios de

inteligencia, así como en el Departamento del Estado, donde las fantasías de la guerra antiséptica de alta tecnología se veían como falsas ilusiones. Aun así, como ahora sabemos, los arquitectos del militarismo neoliberal estaban decididos a hacer de Irak el escaparate de su determinación ya mucho antes del 11 de septiembre. Anticiparse a cualquier forma de desafío resultaría ventajoso a largo plazo, toda vez que otros países refrenarían sus impulsos nacionalistas para evitar sufrir las consecuencias de una desestabilización o una invasión por parte de los Estados Unidos. Mientas tanto, se podía contar con que una parte apreciable de la población de los Estados Unidos, confiada en la probidad del poder militar estadounidense, consentiría y ofrecería los dólares de sus impuestos, su fidelidad y su entusiasmo para la aplicación, la expansión y el mantenimiento del militarismo revitalizado.

Sin embargo, las cosas sencillamente no fueron de ese modo: en vez de reconstruir una hegemonía integral e indiscutible, la aplicación real del poder militar de los Estados Unidos fue revelando de nuevo, poco a poco, algo que durante décadas se había condicionado a la opinión pública para que lo olvidara. Como comprendió Karl von Clausewitz —quizás el estudioso de la guerra más renombrado—, la bruma de la guerra con frecuencia transforma la aplicación de la fuerza militar en un instrumento inútil y a veces perverso. Y, lentamente al principio y luego progresivamente con la velocidad de un cohete, la situación en Irak después de la invasión se ha ido desvelando hasta el extremo de que, en otoño de 2006, la cumbre del alto mando militar estadounidense ya se refería abiertamente a un escenario de guerra civil, mientras la insurgencia parecía ir ganando fuerza. La guerra de «alta tecnología contra ninguna tecnología» (guerra asimétrica) parecía estar evolucionando en sentido inverso en Irak. Mientras tanto, la situación militar en Afganistán se ha erosionado seriamente al cabo de cinco años. Los disidentes afganos, suministradores del 87% del opio mundial, disponen de tiempo y dinero en abundancia para hacerles la vida muy incómoda a quienes proyectaban instaurar el poder militar estadounidense en dicho país.

El largo esfuerzo para acabar con el síndrome de Vietnam había conducido a la opinión pública de los Estados Unidos hasta un punto muy alejado del logro de una hegemonía integral indiscutible del militarismo estadounidense. Los arquitectos del militarismo y sus numerosos partidarios en el Senado y el Congreso —muchos de ellos pasmados de asombro tras el 11 de septiembre— podían contar con el dinero, la fidelidad, el entusiasmo, la confianza, el patriotismo (encabezado por la prensa) y una efímera atención de los ciudadanos, pero estaban en

mucho peores condiciones para derramar la sangre de combatientes de origen obrero.

Las bajas de soldados estadounidenses en Irak superaban los 3.000 (sin contar las muertes adicionales no publicadas de miembros de las fuerzas de seguridad no militares y personal subcontratado). Un múltiplo de esa cifra han sufrido mutilaciones y heridas de una gravedad nunca vista en anteriores batallas. Es decir, que una intervención médica sin precedentes ha salvado la vida a millares de combatientes con lesiones catastróficas y permanentes. Lamentable pero predeciblemente, los centenares de miles de víctimas iraquíes de la guerra, en su abrumadora mayoría civiles, simplemente no entran dentro del cómputo. Este elemento vital de la ideología del militarismo —las muertes del bando contrario más vale no mencionárselas, cuando no se consideran totalmente irrelevantes— continúa bien arraigado.

Desde Vietnam, el consentimiento a favor del militarismo estadounidense no se puede mantener frente a niveles significativos de bajas norteamericanas en combate. El apoyo a la guerra de Irak ha ido desfalleciendo de forma constante a medida que aumentaba el número de bajas. Por consiguiente, en lugar de engendrar una hegemonía integral, el militarismo solo ha conseguido, como mucho, una hegemonía mínima. Es decir que el grado de consentimiento que se puede obtener de la población de base frente al despliegue de fuerza por parte del Estado es escaso y condicionado.

Keynesianismo militar y militarismo global neoliberal

Tras la Segunda Guerra Mundial, las principales lumbreras de la profesión económica anticiparon que la economía de los Estados Unidos volvería a caer en una depresión. No obstante, la demanda acumulada durante los tiempos de racionamiento de la Segunda Guerra Mundial generó, de hecho, una expansión significativa de la economía durante un tiempo. Luego, en 1948-1949, la economía pareció flaquear y comenzaron a aparecer claras pruebas de la temida hipótesis del estancamiento, la idea de que el cierre de las fronteras, la ausencia de cambios tecnológicos de gran calado que tomaran el relevo del automóvil, un crecimiento más lento de la población y otros factores conducirían en conjunto a una desaceleración de la economía y a un aumento de los niveles de desempleo y subempleo. Al mismo tiempo, se estaban produciendo muchos cambios en el ámbito político, estratégico y geopolítico, entre los que destaca en primer lugar la

explosión de un artefacto nuclear por parte de la Unión Soviética y el triunfo final de las fuerzas de Mao en China, ambos en 1949. A mediados de 1949 irrumpió una recesión, que hizo pensar a muchos que una depresión era inminente. Mientras tanto, el estamento militar estadounidense y sus asesores civiles del Departamento de Estado estaban convencidos de que Washington podía y debía producir una superarma extraordinariamente cara, la bomba de hidrógeno, para superar la baza de los soviéticos y conseguir un margen permanente de superioridad militar.

En consecuencia, los Estados Unidos se embarcaron, con la participación de los Departamentos de Defensa y de Estado, en una serie de estudios secretos de alto nivel para determinar cuál debía ser la postura militar estadounidense frente a esas nuevas contingencias que el presidente Truman y la élite política de ambos partidos contemplaban con gran alarma. Bajo el título de Documento Nacional de Seguridad-68 (*National Security Document-68*, NSC-68), se fue elaborando poco a poco la Carta Magna de la guerra fría. El NSC-68, secreto pero ampliamente conocido a través de sus conclusiones hasta que se hizo público en 1975, presentaba el argumento, entonces novedoso, de que la economía estadounidense tenía un exceso de capacidad y que unos niveles elevados de gasto militar permanente actuarían como un estimulante económico que, a su vez, generaría efectos multiplicadores sobre el empleo y el gasto mediante la absorción de los parados y de las capacidades productivas no explotadas de la industria nacional. A la vista de su amplitud y su carácter exhaustivo —tanto en lo que respecta a la creación y el uso del poder militar como en cuanto a su enfoque centrado en la economía—, es posible argumentar sin temor a equivocarse que no se ha vuelto a elaborar ningún otro documento parecido. A su lado palidecen los esfuerzos de emulación realizados en los años 1990 por diversos grupos, entre ellos la organización Project for a New American Century [Proyecto para un Nuevo Siglo Americano] y la Comisión de Seguridad Nacional/Siglo XXI del Gobierno.⁴

El NSC-68 destilaba las opiniones de la élite militar-civil encargada de elaborar las políticas que se había hecho recientemente con el control del «estado dentro del Estado», el «Estado de la Seguridad Nacional». En el clima irritable de 1947, dominado por la embriagadora Doctrina Truman, el Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Defensa, la Junta de Jefes de Estado Mayor del Departamento de Defensa (DoD), la CIA, la Agencia de Seguridad Nacional y otros nuevos organismos de seguridad nacional configuraron una nueva constelación de agencias y oficinas gubernamentales y personal habilitado. Se había creado el caparazón del «Estado de la Seguridad Nacional» y el NSC-68 aportó la estructura ideo-

lógica y teórica capaz de alimentar al «triángulo de hierro» militar-industrial, que fusiona los intereses de los sectores manufacturero y de alta tecnología, del aparato político del Estado, de la dirección civil del Pentágono y de los militares profesionales.

En junio de 1950, comenzó la Guerra de Corea y se inició la carrera para inflar al sector militar. Truman, junto con la élite política y los dirigentes de las grandes empresas del sector manufacturero, llegaron a convencerse, al parecer, de que la política militar keynesiana de elevados niveles de gasto gubernamental —aunque ocasionalmente se financiara a través de déficit— podía dar un impulso a la economía y estabilizarla. Los aspectos keynesianos de la política estaban relacionados con la cuestión del pleno empleo y la subida de los salarios. En el marco del nuevo paradigma económico tenían cabida los sindicatos y prácticamente todos los principales contratistas y subcontratistas militares operaron con la cooperación de los obreros sindicados en un entorno de salarios altos e intensivo en trabajo. Muchos contratos contemplaban el coste total en el que se incurría más un montante fijo o porcentaje, de manera que un aumento de los salarios no constituía ningún problema. Otros contratos tendían a prever que se excedieran los costes o estaban blindados, y a los servicios militares les eran indiferentes los costes, puesto que su interés real se centraba únicamente en las prestaciones de los sistemas de armamento.

El aumento periódico del gasto militar resultó un recurso cómodo para combatir las recesiones y desaceleraciones y eludir la ideología conservadora que afirmaba que los incrementos contra-cíclicos del endeudamiento público socavarían la integridad de la economía. Desde luego, el incremento del gasto militar a finales de la década de 1960 —hacia el final de lo que había resultado ser el periodo más prolongado de expansión económica continuada— desembocó en un llamado sobrecalentamiento de la economía con presiones inflacionistas. Sin embargo, aparte de ese periodo, el gasto militar ha desempeñado un papel significativo en todas las recuperaciones económicas, salvo la de principios de los años 1990, cuando unos niveles sumamente altos de déficit recién acumulado combinados con la progresiva extinción de la guerra fría impidieron adoptar la táctica del gasto militar. Tal fue el prolongado legado del NSC-68.

Una parte del mismo se abandonó, empero, durante los difíciles años 1970: el ataque frontal contra los trabajadores estadounidenses fue ganando fuerza e impulso, lenta pero inexorablemente, como medio principal para invertir la tendencia, entonces decreciente, de la tasa de beneficios. Para el año 2006, el sindicato más exitoso, United Auto Workers, se veía empujado hacia lo que parecía una espiral mortal. El gasto militar conti-

núa desempeñando un papel de primer orden, aunque menos importante que en el periodo de 1950-1973, pero la vinculación entre gasto militar, por un lado, y creación de empleo y mejora de los salarios para la clase obrera estadounidense, por el otro lado, se rompió hace tiempo. Actualmente, los contratistas militares suelen prestar escasa atención a sus sindicatos y procuran trasladarse a aquellos estados que tienen regulado el derecho de los trabajadores a decidir si desean estar o no estar afiliados a un sindicato (*right-to-work*) o que atacan directamente a los sindicatos. Hubo un tiempo en que los sindicatos eran una pieza importante del triángulo de hierro y usaban su peso político para apoyar la obtención de los contratos a los que aspiraban sus empresas. El clima en la base del triángulo de hierro ha cambiado porque la élite empresarial y los gestores del Estado abandonaron el acuerdo keynesiano entre capital y trabajo de los años 1970.

La nueva era del militarismo global neoliberal, que siguió a la debacle en Vietnam, se inició en la década de 1980, no por azar coincidiendo con el inicio de la era de Reagan y Thatcher. En los Estados Unidos, el gasto militar, que incrementa la tasa de beneficios de las grandes empresas, crea nuevas tecnologías como Internet y contribuye a unas políticas que permiten hacer frente a las recesiones incipientes, sirve a los objetivos del militarismo global neoliberal. Los objetivos de reducción de la tasa de desempleo, aumento de los salarios y contribución a la seguridad económica de los trabajadores ya no se contemplan como ocurría en tiempos del keynesianismo militar.

La destrucción del Estado, salvo en la medida en que defienda las instituciones de la propiedad empresarial y de la capacidad de proyectar el poderío militar, forma parte de la ideología neoliberal. Sin embargo, hasta las funciones militares se deben privatizar en la medida en que sea posible. Cualquier actividad concebible desarrollada por el sector militar se analiza desde la perspectiva de su potencial de generación de beneficios para el sector privado. En consecuencia, si se pueden pelar patatas con un beneficio, esa actividad se transferirá al sector privado, siempre que el cambio no repercuta negativamente sobre la capacidad del personal militar para cumplir sus funciones. Incluso en la era keynesiana, muchas operaciones y actividades de mantenimiento se traspasaban a contratistas privados, pero la búsqueda de posibles privatizaciones ha alcanzado nuevas cotas en la nueva era. La lógica del modelo de privatización es bastante clara: por cada mil millones de dólares de gasto en el aparato militar, un porcentaje importante de esos fondos circulará a través del sector privado, donde permita obtener un beneficio. Se servirán las comidas, se vigilará a los presos, se construirán bases, etc., pero con un coste más alto y/o con niveles salaria-

les y de prestaciones más bajos, de manera que se puedan extraer márgenes de beneficio que son impresionantes.

Los neoliberales consideran, a priori, que todas las actividades del sector público son ineficientes y que las actividades del sector privado son un modelo de eficiencia (gracias al papel regulador del libre mercado). Por consiguiente, se debe apartar al estamento militar de todo tipo de actividades en la mayor medida posible. Este modelo se está aplicando ahora en Irak, donde los contratistas privados (que mantienen un ejército extraoficial con más de cien mil empleados) han gozado al parecer de oportunidades ilimitadas para acumular beneficios rápidos. Como resultado, en los últimos quince años se ha añadido un nuevo elemento al complejo militar-industrial: una vasta constelación de contratistas que emplean a un estamento militar en la sombra con un interés directo en que aumenten los niveles de gasto militar, sobre todo en el sector de la intervención/reconstrucción que genera altos beneficios.

En el exterior, el militarismo global neoliberal se distingue del keynesianismo militar en lo que respecta a los proyectos de ajuste estructural para los países rebeldes. Según la Estrategia de Seguridad Nacional 2006 de los Estados Unidos presentada por el presidente, las naciones remodeladas por los Estados Unidos tendrán fronteras abiertas al comercio y a las inversiones, y también se plegarán a los dictados neoliberales del FMI en lo que se refiere a sus políticas monetarias y fiscales, políticas laborales (en particular, programas de flexibilidad que eliminan a la fuerza de trabajo organizada y destruyen cualquier tipo de instituciones dedicadas a salvaguardar la seguridad económica y la estabilidad de los trabajadores) y políticas fiscales (que desplazan la carga tributaria del capital al trabajo). Un país democrático independiente no puede asumir el control de sus recursos nacionales y utilizarlos como considere conveniente; por ejemplo, nacionalizando su sistema de transportes o su sistema sanitario, o manteniendo el control soberano sobre el petróleo, el gas natural y los minerales a través de empresas de propiedad nacional.

Mientras tanto, como parte del ejercicio de construcción de una nación en Irak, Washington está construyendo al menos cuatro superbases, junto con diez bases permanentes o para casos de emergencia, desde las cuales se podrán enviar o poner en acción cantidades masivas de material militar para su utilización rápida en Oriente Próximo, Asia meridional y central y el Norte de África. Actualmente, los Estados Unidos están operando en una de sus cuatro superbases, la Base Aérea de Balad, unas instalaciones de 45 kilómetros cuadrados de superficie próximas a Bagdad, con una intensidad de tráfico aéreo superada solo por el aeropuerto londinense de Heathrow.

A la vez, los Estados Unidos están construyendo una embajada en Bagdad, con un coste de 592 millones de dólares, la mayor jamás construida en el mundo entero.⁵ Es decir que en Irak, como en otros lugares, se está despojando a un régimen «democrático» de la esencia de la autonomía y se le obliga a seguir un modelo neoliberal estricto en el ámbito nacional e internacional, a la vez que, además, debe aceptar el estacionamiento permanente de fuerzas militares estadounidenses, mientras una embajada desmesurada toma obedientemente nota del grado de conformidad con el nuevo modelo de militarismo global neoliberal.

Macroeconomía del militarismo

Durante la era del keynesianismo militar, la «amenaza» soviética fue el pretexto para los gastos desbocados en el ámbito militar. La inflación de la amenaza mantenía bien engrasados los engranajes del complejo militar-industrial, con beneficios para el sector privado, empleo para los trabajadores sindicados y nuevos artilugios de destrucción para los militares. Tras un breve periodo de desorientación cuando se desmoronó la Unión Soviética en 1989-1991, la inflación de la amenaza vuelve a ser el mecanismo principal que facilita los gastos desbocados en el ámbito militar, que sigue recibiendo los artilugios que con agrado le suministran los contratistas, pero sin la misma presión a favor del aumento de salarios y la creación de empleo para la clase trabajadora estadounidense. El director del Programa de Estudios sobre Seguridad del Massachusetts Institute of Technology (MIT), Harvey Saplosky, se refiere a la racha actual de inflación de la amenaza como un fenómeno impulsado por lo que él designa como el «nunca-se-sabe»:

El nunca-se-sabe es el espíritu inspirador de la seguridad nacional de los Estados Unidos. Los documentos de planificación en material de seguridad nacional están repletos de ese espíritu. Evocan un mundo de agitada inseguridad y creciente complejidad, una época de cambios sin precedentes, en la que es imposible hacer predicciones pero los riesgos son grandes. Afirman que el lugar de la amenaza soviética simple lo han ocupado ahora otras amenazas más diversas e irracionales, que requieren una planificación basada en capacidades reales: edificar una fuerza militar sin ningún enemigo concreto en mente.

La Evaluación Cuatrienal de la Defensa (*Quadrennial Defense Review*, QDR), el documento de planificación de la defensa que se elabora cada cuatro años como orientación del gasto de defensa de los Estados Unidos, es solo el ejemplo más reciente. Tras la Estrategia Nacional de Seguridad (2002), la Estrategia Nacional Militar

(2004) y la Estrategia Nacional de Defensa (2005), dicha Evaluación, que se hizo pública en febrero [de 2006], declara que los Estados Unidos se enfrentan ahora con una combinación hostil de terroristas, Estados fallidos en los que debemos poner orden, insurgencias, Estados «bandidos» que poseen misiles y grandes estamentos militares como el de China.

Igual que los anteriores documentos de estrategia, la QDR no se toma la molestia de evaluar la probabilidad de esas amenazas y decidir centrarse en una u otra a partir de ese cálculo. Simplemente alega que la «gestión de los riesgos» nos obliga a estar preparados para hacer frente a todos ellos.⁶

A causa del 11 de septiembre, la mercadotecnia del miedo encuentra un eco entre la opinión pública estadounidense posiblemente mayor que el logrado por anteriores tentativas análogas en los años 1950, cuando no era posible apelar a ninguna forma de intervención militar soviética en el territorio de los Estados Unidos. Sin embargo, según afirman los especialistas en estudios sobre seguridad del MIT, el temor ampliamente extendido a un ataque terrorista tiene escaso fundamento real en términos reales, pero sirve para aumentar más y más los gastos militares:

El oscuro secreto de la política de seguridad nacional estadounidense es que estamos a salvo. Los estadounidenses son posiblemente el pueblo que goza de mayor seguridad en toda la historia. Pero estamos preocupados. Nos dicen que nuestros enemigos pueden estar organizando nuestra destrucción en enclaves de descontento, que están creciendo. Se nos enseña que el mundo es caótico, plagado de guerras y terrorismo, que podrían atacarnos «en cualquier lugar, con prácticamente cualquier arma». Oímos decir que nuestros satélites están listos para pasar al ataque, que nuestras naves están asediadas por piratas, que las armas nucleares de Irán auguran un desastre y que China es una amenaza creciente. No obstante, en el fondo, la mayor parte de los argumentos que proclaman la inseguridad de los Estados Unidos se basan en escenarios inverosímiles. Los futuros que esos argumentos temen no son probables, aunque sí posibles. Las defensas que propugnan se justifican por esa posibilidad.⁷

Con la mayor parte de la población imbuida de un estado de ánimo receptivo y acrítico con respecto al gasto militar, la expansión del presupuesto militar que se inició en 1999 ha proseguido. Según los datos compilados por la Oficina de Gestión y Presupuestos del Gobierno de los Estados Unidos, el decenio actual (ejercicios fiscales 1999-2008) de incremento secuencial del gasto en armamento, ajustado a la inflación, ya ha durado más que la época de Vietnam (seis años de gasto real creciente) y la de Corea (cuatro años). En términos relativos, el gasto real del Departamento

de Defensa durante la época de Vietnam aumentó un 35,7% durante el periodo 1963-1968, mientras que durante los años 1999-2006 el gasto real se ha incrementado un 56%.⁸ Para 2008, está anunciado que el gasto militar básico global aumente un 11%, tras un fuerte incremento estimado en 2007. Una tendencia alimentada en parte por la filosofía de «botas-sobre-el-terreno» del Gobierno Bush, con un aumento previsto de las fuerzas del ejército de tierra y la marina de los 694.000 efectivos de 2006 a 749.000 en 2011.

Además, el nivel efectivo de fondos destinados a todos los gastos relacionados con el ámbito militar es muy superior al que abarcan los gastos directos del Departamento de Defensa. En realidad no es posible determinar con precisión la magnitud de esta diferencia. Sin embargo, a partir de algunos supuestos razonables con respecto a diversas partidas del presupuesto de los Estados Unidos, se puede demostrar que el gasto militar global representa alrededor de un 80% más de lo que cree la opinión pública a partir de los comunicados de prensa del Pentágono. La siguiente fórmula refleja aproximadamente el desembolso anual total para todos los gastos relacionados con el ámbito militar (*MilReEx: Military Related Expenditures*):

$$\text{MilReEx} = \text{DoD}^* + \text{As Int} \times 0,5 + \text{Ciencia \& Espacio} + \text{Vets} + \text{Interés Neto} \times 0,81 + \text{Interior} + \text{Otros Def}$$

Donde:

DoD* incluye el gasto básico del Departamento de Defensa + los gastos relacionados con la energía atómica.

As Int x 0,5 atribuye a fines militares un 50% del gasto y las ayudas del Departamento de Estado.

Ciencia & Espacio incluye la investigación y desarrollo de armas y sistemas espaciales.

Vets incluye todos los gastos de la Administración de Veteranos.

Interés neto x 0,81 atribuye un 81% de pago anual de intereses de la deuda federal al gasto de anteriores guerras y periodos de expansión militar.⁹

Interior incluye todo el gasto en seguridad interior no incluido en **DoD***.

Otros Def incluye una diversidad de gastos civiles derivados del gasto militar, como las jubilaciones de los militares.

En 2003, por ejemplo, los gastos básicos del Departamento de Defensa (DoD) se elevaron a 387.000 millones de dólares, o sea, unos 41,7 millones de dólares por hora, mientras que los gastos totales relacionados con el ámbito militar, o *MilReEx*, sumaron 686.300 millones de dólares.¹⁰ En 2006, según los documentos estimativos de la Oficina de Gestión y Presu-

puestos, los gastos del Departamento de Defensa (DoD) se elevarían a 512.000 millones de dólares, mientras que los gastos totales relacionados con el ámbito militar (MilReEx) sumarían 929.800 millones de dólares. Conforme a estos datos y una vez realizados los ajustes correspondientes a la inflación (aplicando dólares constantes de 2000), entre 1999 y 2006, los gastos totales relacionados con el ámbito militar (MilReEx) habrán pasado de representar un 5,9% del Producto Interior Bruto a un 7,1%, muy por encima del incremento del orden del 3-4% que suelen dar por supuesto los economistas y expertos. Esto significa, entre otras cosas, que los gastos relacionados con el ámbito militar han sido un sector puntero desde 1999 y tuvieron especial importancia en el momento en que empezaron a elevarse, justamente cuando la economía había iniciado un declive del que se fue recuperando lentamente durante el periodo 2001-2003, y desde entonces han actuado como un apoyo vital para una economía relativamente débil.

Irónicamente, uno de los principales factores que *frenó* el incremento de los gastos totales relacionados con el ámbito militar (MilReEx) fue la *reducción* de los pagos en concepto de intereses netos durante la presente ronda de ampliación del armamento, debido principalmente a la reducción agresiva de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal a partir de mayo de 2000. Visto desde otra perspectiva, la carga de las anteriores rachas de gasto del Departamento de Defensa (DoD) financiadas a través de déficit se ha incrementado desde que los intereses comenzaron a elevarse, a partir de noviembre de 2005, hasta alcanzar un nivel más asentado históricamente. Los pagos de intereses netos se redujeron de 234.000 millones de dólares en 1999 a 144.000 millones en 2003, y volvieron a elevarse luego hasta sumar un total estimado de 192.000 millones de dólares en 2006.¹¹ Además de reducirse en un 48% en términos reales la carga del pago de intereses, la reducción de los pagos de intereses netos supuso que una proporción mucho mayor de los gastos totales relacionados con el ámbito militar circulara por el *interior* de la economía, toda vez que la reducción del componente correspondiente a los intereses netos se tradujo en la transferencia de una proporción menor del gasto militar al exterior para pagar a los titulares extranjeros de deuda pública estadounidense. Por consiguiente, los gastos relacionados con el ámbito militar tuvieron, además, un efecto estimulante sobre una economía en recesión durante el periodo 2000-2003, *superior* al que cabría suponer si se considera solo el aumento en la relación MilReEx/PIB.

Aun cuando los cálculos anteriores corresponden a estimaciones aproximadas de los gastos totales relacionados con el ámbito militar, las cifras podrían *quedarse cortas* en un montante de tal vez hasta 50.000 millones

de dólares o más en un ámbito importante. En efecto, los Estados Unidos cuentan con quince servicios de inteligencia, incluidas la gigantesca Agencia Nacional de Seguridad y la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés). El montante presupuestado para estas agencias es un secreto de seguridad nacional, pero antes del prolongado crecimiento actual solían ser habituales desembolsos anuales estimados del orden de los 30.000 millones de dólares. Generalmente se da por supuesto que este presupuesto se encuentra oculto en una o varias categorías asociadas a los gastos totales relacionados con el ámbito militar. No obstante, la hipótesis de que el presupuesto de inteligencia está enterrado fuera de las categorías citadas sería más coherente con la ofuscación general en lo que respecta al coste real del militarismo global neoliberal. Por lo tanto, pese a lo elevado de las cifras antes citadas para el gasto total relacionado con el ámbito militar (MilReEx) y a lo alejadas que se encuentran de la percepción popular de los costes del Departamento de Defensa, es probable que sean una subestimación de los gastos totales relacionados con el ámbito militar debido a (1) posibles gastos de inteligencia no rastreados y (2) las ventas exteriores de armas, de las cuales solo se incluye una parte en la partida de asuntos internacionales, mientras el resto corresponde a exportaciones del sector privado sin apoyo financiero del gobierno.

Perspectiva estructuralista versus perspectiva neoliberal-unilateralista sobre la expansión del armamento

¿Qué hay detrás del enorme incremento del gasto en armamento? La pregunta parece encerrar un debate serio, que se puede condensar dividiendo a los analistas en dos campos, según suscriban la perspectiva «estructuralista» o la perspectiva «neoliberal-unilateralista». Los estructuralistas ven una continuidad de fondo en la política estratégica seguida por los Estados Unidos desde la década de 1940, como mínimo, sino desde antes, hasta el presente, caracterizada por periodos de vasta expansión militar y periodos de estancamiento y de reducción limitada.¹² Algunos estructuralistas, como Gabriel Kolko, lo vinculan con la geopolítica y la economía política global más amplias de los Estados Unidos o con tendencias básicas inherentes al capitalismo, modificadas en diversas fases (por ejemplo, la fase de capitalismo monopolista y la reciente fase de financialización neoliberal), como es el caso de Harry Magdoff y otros autores asociados a la *Monthly Review*.¹³ Dentro del marco estructuralista de análisis del militarismo se concede un reconocimiento central a la gama notablemente amplia de visiones estraté-

gicas que han existido en relación con la proyección del poder y la defensa anticipatoria. Así, durante los periodos de mayor tensión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, estrategias civiles y militares de alto nivel abogaron por la guerra preventiva y el gasto aumentó. Los círculos más elevados del poder contemplaban seriamente una reducción y la idea del primer ataque, pero las dejaron de lado en favor de formas más indirectas de enfrentamiento. Ya había habido otros presidentes estrafalarios y asesores beligerantes que recomendaron la «guerra preventiva» mucho antes de que el Gobierno de George W. Bush comenzara a proclamar sus ideas de uso irrestricto de su poder. Desde esta perspectiva, el concepto de los Estados Unidos como única superpotencia mundial constituye un cambio de limitada entidad. El acento se pone en la *continuidad* y se considera a los Estados Unidos como una nación dominada —según la interpretación de Kolko— por tendencias estructuralistas acompañadas de un uso voluntarista del poder, que no estaría guiado por una doctrina estratégica viable sino por la tendencia a tomar los deseos por realidades (*wishful thinking*) y por el autoengaño. Así, según Kolko, por lo que respecta a los Estados Unidos:

Su grandiosa estrategia militar siempre ha contenido un elemento importante de la tendencia a tomar los deseos por realidades; pero a medida que [dicha estrategia] se fue volviendo más ambiciosa, aumentaron las sorpresas inesperadas. Su derrota en Vietnam reveló que, aunque los Estados Unidos contaban con una importante potencia de fuego, carecían por completo de la comprensión política esencial para evitar nuevos fracasos... Lo que los Estados Unidos saben hacer mejor es gastar dinero, como si las armas pudieran aportar soluciones para los problemas políticos y sociales, y debido a su enorme riqueza no han aprendido nada fundamental de sus errores pasados.¹⁴

Mientras el Gobierno Bush continuaba insistiendo en su poder unilateral, el mundo se ha vuelto cada vez más multipolar: desde 1999 ha aflorado una nueva fase de las relaciones internacionales. En esta nueva fase:

[E]l impulso estadounidense de intervenir prácticamente en cualquier lugar del mundo ha dado lugar a una política exterior incoherente, que se ha enfrentado con muchos más retos de los que podía resolver... [L]a forma en que los Estados Unidos han concebido el mundo y su papel en el mismo, junto con sus supuestos centrales sobre los medios y las instituciones a su disposición para alcanzar sus fines, han sido objeto de una grave confusión... El dilema no residía solo en su persistente definición de unas prioridades globales que superaban la capacidad de sus recursos militares y políticos, sino también en el hecho de que muchos de los lugares

donde los Estados Unidos habían intervenido en el pasado según constituyendo un compromiso, con una acumulación de herencias molestas que ponen potencialmente en jaque el futuro.¹⁵

Para los estructuralistas como Kolko, el problema se puede reducir en cierta medida al hecho de que los Estados Unidos siempre han creído que su papel obedecía a una predestinación, la cual se traducía en una misión global destinada a imponer altruistamente normas e instituciones «democráticas» a buena parte del resto del mundo. En este contexto, las guerras de Afganistán e Irak y las actuales posibilidades de conflicto con Irán no aparecen como algo excepcional, sino como meros ejemplos recientes de autoengaño y de la tendencia a tomar los deseos por realidades en relación con el uso potencial del poder militar.

Desde la perspectiva de los neoliberales unilateralistas, la política exterior y la estrategia militar de los Estados Unidos han sido objeto de un «golpe» político neoconservador. Este tiene su origen en organizaciones como Project for a New American Century [Proyecto para un Nuevo Siglo Americano], que abogó por un fuerte incremento del gasto militar y por la guerra contra Irak durante el Gobierno Clinton, y el Comité de Asesores del Congreso en materia de Políticas, constituido en 1998, donde los mismos neoconservadores fanáticos abogaban por un uso más agresivo de las capacidades militares estadounidenses. La mejor exposición de esta perspectiva se encuentra seguramente en *The Rise of the Vulcans* [El ascenso de los Vulcanos] de James Mann, aunque la idea de una discontinuidad fundamental en la proyección del poder estadounidense también se encuentra en *One Percent Solution* [Solución del 1%], de Ron Suskind, y en *American Theocracy* [Teocracia americana] de Kevin Phillip, que retoma el debate desde el punto de vista del auge del fundamentalismo religioso y su defensa de una política exterior con músculo.¹⁶

Un aspecto de la perspectiva neoliberal-unilateralista que argumenta que la política estadounidense ha cambiado de manera fundamental —de forma que ahora es más volátil y agresiva que en el pasado— es susceptible de crítica desde la perspectiva estructuralista. A saber, los defensores del uso agresivo del poder militar, como Donald Rumsfeld, en muchos casos no son recién llegados al terreno del poder político —muchos se remontan a los primeros tiempos del primer Gobierno Reagan, otros a la época de Nixon— y no son neoconservadores. Aun así, es posible argumentar que estas personalidades se han visto atraídas gradualmente por la concepción del mundo de los neoconservadores a medida que la estructura del poder de Washington se desplazaba hacia los laboratorios de ideas

(*think tanks*) de derechas como la Heritage Foundation, el Cato Institute y el American Enterprise Institute, entre otros.

La ofensiva económica neoliberal contra los trabajadores que comenzó en los años 1970 ha continuado sin respiro; el ataque derechista ha fragmentado a la clase trabajadora, ha acelerado la subcontratación, ha aumentado la tasa de beneficios y ha reducido vertiginosamente los impuestos para la gente acomodada y sobre todo para los ricos. Estas discontinuidades entre el periodo de 1945-1970 y la era actual parecen haber ido acompañadas de discontinuidades en el ejercicio de la proyección del poder de los Estados Unidos. Las administraciones de los presidentes posteriores a la guerra mundial, hasta el ascenso de la era del neoliberalismo de Reagan/Thatcher, aunque influidas a veces por defensores extremistas del primer ataque [nuclear] y la reducción de efectivos —con la amenaza de una guerra preventiva contra la Unión Soviética, por ejemplo—, en general se dejaron guiar por «realistas lentos pero seguros» como George Kennan o, más recientemente, Brent Scowcroft.

En la actualidad, los «realistas» han sido expulsados de los círculos estratégicos y de elaboración de las políticas, para ser reemplazados por neoconservadores como Elliot Abrams, primer director del Consejo Nacional de Seguridad desde 2002. No cabe la menor duda de que el hecho de que el presidente Bush no siguiera las recomendaciones del informe de 2006 del Grupo de Estudios sobre Irak —elaborado en gran parte por el antiguo Secretario de Estado de su padre, James Baker, considerado como un realista consumado— es indicativo del peso de los neoconservadores en la definición de la política militar y exterior de los Estados Unidos.

Hasta Kolko parece haber adoptado el punto de vista de que ha habido una discontinuidad en el ejercicio de la proyección del poder y en la estrategia militar:

El Gobierno Bush formuló propuestas asombrosas y sin plazo definido en materia de política exterior, proyectos y compromisos terribles y claramente difusos, cuya consecuencia última resultaba difícilmente predecible en la mayoría de los casos... La guerra estudiadamente difusa de los Estados Unidos contra el terrorismo introdujo en el orden internacional un elemento de irracionalidad que no había existido hasta mediados de los años 1990.¹⁷

Aun así, argumenta que, si bien se ha mostrado más impetuoso que otros gobiernos anteriores, la diferencia sustancial es de capacidad, toda vez que el Gobierno Bush ha demostrado «una ineptitud consumada en casi todo lo que ha hecho».¹⁸

No entra dentro de los objetivos del presente artículo zanjar dicho debate. Sin embargo, a pesar de que los datos parecen indicar que las estructuras son importantes y se pueden detectar continuidades en la proyección del poder de los Estados Unidos, Washington se ha embarcado ahora en una forma de militarismo global que va más allá de los precedentes establecidos durante el periodo posterior a la guerra. ¿Dónde, salvo en la Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos y otros documentos análogos del Gobierno Bush, se puede encontrar un lenguaje tan amenazador y sin límites como el que sigue?: «Aunque no pretendemos imponer a otros Estados las opciones que elijan, sí tenemos la intención de influir sobre los cálculos en función de los cuales se adoptan dichas decisiones. También debemos establecer una distinción apropiada en el caso de los Estados que adopten decisiones imprudentes... tenemos que estar preparados para actuar solos en caso necesario».¹⁹

La Doctrina Bush de la guerra preventiva autojustificada y la superioridad militar permanente, tal como se expuso en 2002 y 2003, fue el fruto de una larga lucha de los elementos neoconservadores por el dominio de las definiciones y los usos del poder militar de los Estados Unidos. Durante el periodo 1964-1995, intentaron apropiarse del espacio político conservador y emplearon un estilo ferozmente combativo para resucitar la firmeza militar estadounidense y las estrategias de dominación a escala planetaria en el periodo posterior a la guerra de Vietnam. Lo ocurrido en Vietnam apuntaba a que la fuerza no es un medio viable para impulsar políticas, mientras que los neoconservadores creían lo contrario. Con el final inesperado de la guerra fría, una parte de estos creyó ver llegado el «momento imperial» para la resurrección del «Siglo Americano» en una escala muy superior, mientras otros se mostraban vacilantes y sin rumbo.

Para 1995 había empezado a emerger una nueva generación de neoconservadores, que concebían el «poder militar como un instrumento para la transformación del sistema internacional y para cimentar la primacía estadounidense». Los neoconservadores se aferraban a «la certeza de que el dominio global estadounidense es, de hecho, benigno y los demás países lo ven necesariamente así». Un principio importante de los neoconservadores de la segunda generación es que «nada da mejor resultado que la fuerza». La paz *solo* llega como resultado de la guerra. «[P]romover el uso afirmativo del poder militar estadounidense llegó a ser un elemento central de la autodefinition imperial diseñada por los neoconservadores de la segunda generación.»²⁰ La consolidación del poder militar llegó a ser esencial, por lo tanto, para su enfoque y aplicar a los Estados Unidos la presunción realista de que la capacidad de actuar de todos los países topa con un

límite se convirtió en una herejía. La fuerza armada era el medio óptimo y probablemente el único para proyectar los valores americanos: wilsonianismo tratado con esteroides.

Definición de intereses

Un enfoque equilibrado parece indicar que ni la tesis estructuralista ni la neoliberal-unilateralista son totalmente erróneas y que esta fase más reciente del militarismo global neoliberal de los Estados Unidos es producto de ambas cosas. Los elementos de continuidad de la política y la doctrina militares estadounidenses y el hecho de que tanto los demócratas como los republicanos —los intereses económicos de Silicon Valley y los intereses petroleros del oeste de Texas— hayan apoyado la nueva fase del militarismo apuntan a que las fuerzas de la clase dominante consideradas en su conjunto fueron en general aquiescentes con la expansión militar expedicionaria tras el 11 de septiembre. Sin embargo, la gestión de las guerras, debido a la composición misma del Gobierno Bush, estuvo encabezada por «Vulcanos» neoconservadores, que generaron conflictos en el seno de las élites de la política estadounidense, como ejemplifica la crítica «realista» del Grupo de Estudios sobre Irak contra la Doctrina Bush. En este sentido, la tesis «neoliberal-unilateralista», aunque burda y a menudo engañosa, puede enseñarnos algo. Es posible que en efecto refleje la evolución de una era absolutamente nueva en el planteamiento estratégico imperial y de proyección del poder militar de los Estados Unidos, en la que las fuerzas estructurales también apuntan hacia un mayor aventurismo.

Según la ideología neoconservadora, la intervención de los Estados Unidos se basa en unos valores, a saber, la imposición de «un único modelo sostenible para el éxito nacional: la democracia y la libre empresa», según las palabras de la versión de 2003 de la Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Detrás de esos conceptos se esconde el asunto tan frecuentemente negado del uso de la fuerza basado en la defensa de unos ciertos intereses característicos del capitalismo: acceder a los recursos, controlarlos, dominar los mercados y garantizar la estabilidad de las relaciones que facilitan el funcionamiento de la economía estadounidense.

En este contexto, no se debe considerar que la intervención de los Estados Unidos en el Golfo Pérsico está relacionada exclusivamente con el petróleo, sino que también afecta a cuestiones relativas al capitalismo y a la dominación geopolítica, esto es, a la acumulación, al militarismo y al

imperio (informal). El petróleo es un recurso estratégico —el recurso energético individual más importante— y su control ha ocupado desde hace tiempo un lugar central en la política estratégica de los Estados Unidos. Pero las ventajas adicionales que reporta la intervención para la estructura de poder van mucho más allá de eso.

Desde el punto de vista de los neoconservadores que dominan actualmente el «estado dentro del Estado», las acciones intervencionistas: (1) generarán un aumento del apoyo a favor de la Casa Blanca y le permitirán alcanzar así otros objetivos; (2) derrotarán a las naciones rebeldes y, por extensión, demostrarán a otros países que el desafío tendría como consecuencia la destrucción de sus regímenes; (3) realinearán las relaciones en lo que respecta al acceso a los recursos y a los mercados; (4) permitirán un reposicionamiento de las bases militares e instalaciones avanzadas de apoyo estadounidenses; (5) reestructurarán las relaciones geopolíticas; (6) demostrarán la «voluntad de poder» de los dirigentes estadounidenses, con el consiguiente impacto de sobresalto y respeto temeroso en el exterior, junto con la consolidación de la ideología del militarismo en la psique de la población de base de los Estados Unidos. Desde el punto de vista del triángulo de hierro del complejo militar-industrial (que constituye un aspecto esencial del sistema global), la intervención militar y la guerra pueden vender armas e incrementar los gastos relacionados con el ámbito militar (MilReEx) en general, con innovaciones importantes en forma de nuevas armas y la creación de nuevas empresas tecnológicas innovadoras (*spin offs*) en el sector privado como resultado. Lo cual puede servir para aumentar todavía más la estima de los militares y favorecer una promoción rápida de los oficiales.

Aun así, subsiste la bruma de la guerra. Esas políticas de guerra relámpago (*Blitzkrieg*) también pueden fallar estrepitosamente desde la perspectiva de los planificadores y estrategias políticos, y revelar —como ha afirmado Kolko— el carácter engañoso e ilusorio de la proyección del poder de los Estados Unidos. En última instancia, se pueden conocer y analizar los hechos y los acontecimientos, pero la motivación (o las motivaciones) normalmente solo se pueden atribuir; los miembros de la élite en el poder muy raras veces revelan sus motivaciones, sino que por el contrario hablan en una jerga elitista de ofuscación ideológica, que a menudo afecta a sus propias percepciones. Es probable que actúen movidos por imperativos estructurales que tal vez no sean capaces de articular o ni siquiera de comprender plenamente. Como concluye Kolko: si los Estados Unidos «continúan actuando como lo han hecho durante el último medio siglo, intentando satisfacer su ambición vanagloriosa pero irracional de dirigir el

mundo, experimentarán crisis aún más graves e inflingirán guerras y disturbios a muchos países, además de a su propio pueblo. Y volverán a fracasar...».²¹

En lugar de crear algo totalmente nuevo, el actual impulso neoconservador a favor de una estrategia grandiosa para los Estados Unidos ha acelerado trágicamente las peligrosas tendencias beligerantes inherentes a la estructura de la economía política estadounidense. Los efectos reatroactivos de fases de intervención anteriores (en Irán, Irak y Afganistán) se han combinado ahora con las nuevas ilusiones de constituir una superpotencia para crear un remolino de fuerzas desbocadas, que parecen justificar una escalada de diez años en el gasto militar (en su mayor parte sin relación alguna con Oriente Próximo y el Suroeste asiático).

Con todo, esas fuerzas fueron derrotadas en el contexto de la guerra de Vietnam y deben serlo de nuevo.

Notas

1. Joseph V. Femia, *Gramsci's Political Thought*, Oxford University Press, Oxford, 1987, p. 24; James Martin, «The Political Logic of Discourse», *History of European Ideas*, 28, 2002, p. 25.
2. La cifra de más de tres mil bases está tomada de Harry Magdoff (véase la nota siguiente). Para un intento anterior de análisis de la estrategia de «defensa anticipatoria» que sustenta la política de bases a escala planetaria, véase George Marion, *Bases and Empire*, 3ª ed., Fairplay Press, Nueva York, 1949. Para un examen reciente del mismo tema, véase Chalmers Johnson, *The Sorrows of Empire*, Metropolitan Books, Nueva York, 2004. Los editores de *Monthly Review*, en un estudio reciente, cifran el número de bases de los Estados Unidos en el extranjero al final de la guerra fría en unas 800 (The Editors, «U.S. Military Bases and Empire», *Monthly Review*, vol. 53, nº 10, 2002, pp. 1-14).
3. El brillante ensayo de Magdoff «Militarism and Imperialism», fue leído ampliamente en su momento y merece ser releído en la actualidad; véase Harry Magdoff, *Imperialism: From the Colonial Age to the Present*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978, pp. 198-212.
4. El artículo de Fred Block, «Economic Instability and Military Strength», *Politics and Society*, 10, nº 1, 1980, pp. 35-58, sigue siendo la mejor introducción al Documento Nacional de Seguridad-68 (*National Security Document-68*, NSC-68). Sobre la organización Project for a New American Century, véase James Mann, *The Rise of the Vulcans*, Viking, Nueva York, 2004, pp. 238, 243 y 285. Sobre la Comisión de Seguridad Nacional/Siglo XXI, véase James Cypher, «Return of the Iron Triangle», *Dollars and Sense*, enero-febrero, 2002, pp. 16-19 y 37-38.
5. Michael Hirsh, «Stuck in the Hot Zone», *Newsweek*, 1 de mayo, 2006, pp. 1-4, <http://msnbc.com>.
6. Benjamin H. Friedman y Harvey Saplosky, «You Never Know(ism)», *Breakthroughs* xv, nº 1, primavera, 2006, p. 4.
7. Friedman y Saplosky, «You Never Know(ism)», p. 3.
8. Office of Management and Budget, *Historical Tables: Budget of the United States*, <http://origin.www.gpoaccess.gov>. El incremento durante la época de la guerra de Corea fue

- muy superior —con un aumento del 221% en los gastos reales del Departamento de Defensa—, pero esto se debió en parte a que se partía de una base mucho más reducida.
9. Robert Higgs, «The Defense Budget is Bigger than you Think», *San Francisco Chronicle*, 18 de enero, 2004.
 10. Office of Management and Budget, *The Budget for Fiscal Year 2007*, Historical Tables, pp. 59-60 y 77-78, <http://origin.www.gpoaccess.gov>.
 11. Office of Management and Budget, *The Budget for Fiscal Year 2007*, Historical Tables, pp. 147-148, <http://origin.www.gpoaccess.gov>.
 12. El defensor de esta perspectiva que mejor la ha expresado es Gabriel Kolko, que ha investigado extensamente los límites del poder de los Estados Unidos. Véase Gabriel Kolko, *Another Century of War?*, The Free Press, Nueva York, 2002 y especialmente *The Age of War*, Lynne Rienner, Boulder, 2006.
 13. Véase Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1966; Harry Magdoff y Paul Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Monthly Review Press, Nueva York, 1987; Fred Magdoff, «The Explosion of Debt and Speculation», *Monthly Review*, vol. 58, n° 6, noviembre, 2006, pp. 1-23.
 14. Kolko, *The Age of War*, p. 91.
 15. Kolko, *ibid.*, p. 88-89.
 16. James Mann, *The Rise of the Vulcans*, Viking, Nueva York, 2004; Ron Suskind, *The One Percent Doctrine*; Kevin Phillips, *American Theocracy*, Viking, Nueva York, 2006.
 17. Kolko, *The Age of War*, pp. 105 y 108.
 18. Kolko, *ibid.*, p. 120.
 19. President of the United States, *National Security Strategy of the United States*, 2006, pp. 36-37, <http://www.defenselink.mil>.
 20. Andrew Bacevich, *The New American Militarism*, Oxford University Press, Nueva York, 2005, pp. 83, 84 y 86.
 21. Kolko, *The Age of War*, p. 178.